

cidos de la lluvia. Por un agudo instinto terapéutico, estos salvajes comedores de carnes fuertes sienten un gran apetito del alimento complementario, la miel, rica en hidratos carbónicos. Pero la obtención del delicioso manjar es sobremanera peligrosa y exige cooperación. Los panales se hallan en las paredes de las rocas cortadas a pico. Es preciso descolgarse sobre el vacío para extraerlos y exponerse a la picadura innumerable de estos ápidos, que es sumamente dolorosa. Hace falta un hombre muy resuelto, un héroe, que se desliza por una escala vegetal mientras otros sostienen ésta desde la altura. Si titubean y abandonan el peso, están obligados a recoger la familia del periclitado—única ley sobrefamiliar existente en esta civilización protoplasmática.

La escena, según es descrita por los viajeros, tiene un carácter patético no exento de gestos wagnerianos. Acontece en las noches borrascosas de la estación. En la frente de las rocas florecen incendios rituales para aplacar el demonio del abismo—que según creo, es de sexo femenino. Suenan cantos religiosos de dramática resonancia que animan a los héroes prestos a la hazaña. El protagonista desciende por las febles sogas, se sume en la tiniebla. Lleva un poco de yerba húmeda ardiendo a fin de estupefacer a las abejas con el humo. Cuelga de su hombro al flanco un saco donde va a recoger la miel. El viento bronco silba en las aristas de la piedra y hace bambolearse sobre el vacío al hombre y su escala.

Cuando victorioso torna a la cima, tiene el derecho de repartir la miel y reservarse la parte mejor. Este oficio de distribuir, es la única magistratura que conoce, y eso fugazmente, la sociología de los Veddas.

Compárese con esta descripción la figura rupestre. La coincidencia es perfecta. Además, la región levantina donde existe, tiene una configuración pareja a la que presenta el territorio central de la isla Índica.

La vida del salvaje vedda posee un repertorio reducidísimo de actos, ideas, sentimientos. Puede decirse que está polarizada por los dos signos de la abeja y el ciervo. Esta simplicidad tiene un valor inestimable para la ciencia, porque si algún día deja de ser la historia el cuento de viejas que todavía es, se deberá al descubrimiento de leyes específicas que rigen los movimientos colectivos como las mecánicas imperan la inquietud de los astros. Ahora bien, es vano pretender que esas leyes se nos revelen investigando las edades de vida más compleja que nos son más o menos próximas. La única probabilidad de su descubrimiento se esconde en el estudio de las formas más primitivas, más elementales de la existencia humana. No ha habido física hasta que apartando la vista de la pavorosa complicación del mundo, le ocurrió a Galileo analizar los fenómenos más sencillos—una bola que rueda sobre un plano inclinado, un péndulo que oscila bajo una bóveda. De esta suerte fué descubierto el abecedario de los movimientos que luego en sus complicaciones sintáxicas forma el gran párrafo de la astronomía. Esperamos un Galileo de la historia y nos resistimos a aceptar que la hipótesis del libre albedrío, aunque sea bien fundada e inexcusable en Ética, obture el paso hacia un sistema de la Historia, construcción que como ninguna otra, es postulada por los nervios de nuestra época.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET.



Impresiones de arte

(En el MUSEO METROPOLITANO DE ARTE, de Nueva York, 1924.)

No tengo la intención de hacer un inventario de los tesoros que encierra el Museo Metropolitano de Nueva York, uno de los más grandes y ricos del mundo. Esta tarea bien la cumplen catálogos y guías, y sería fastidiosa, para mí tanto como para el lector.

Me propongo únicamente manifestar algunas de las impresiones que he sentido, como un simple comentario a estas visitas (lamentando que nuestros compatriotas residentes en esta ciudad no las practiquen también) hechas con la devoción sincera de quien, si no ha podido consagrarse al arte, sabe sentir, por lo menos, su belleza dominante y subyugante con todas las fuerzas de su corazón.

I.—El Museo

El edificio del Museo, palacio soberbio, digno templo para el culto a que se destina, está situado en el Parque Central, frente a la Quinta Avenida, y opuesto a la calle ochenta y dos. El Museo es una corporación privada, pero el edificio lo construyó la ciudad. Se abre a las diez de la mañana, y es cerrado a las cinco de la tarde. Buen número de empleados, uniformados, hace vigilancia en todas las salas; a la entrada, hay un puesto en donde se venden guías, catálogos, postales, etc., es decir, se adquiere una completa orientación para las visitas. Dos o tres veces por semana, se dan conferencias sobre temas en relación con los objetos que posee el Museo. La entrada a éste es libre, excepto los lunes y los viernes, en que cuesta veinticinco centavos.

Para comodidad de los visitantes, así como de los pintores que siempre hay copiando lienzos famosos, y para uso de los empleados, el Museo tiene su propio restaurante.

Hay, por supuesto, oficinas de la dirección y empleados superiores, y una organización perfecta en cuanto al servicio en general, pues se maneja el Museo con la misma disciplina que cualquiera casa de negocios.

II.—La antigüedad

Al poner el pie en la gradería de entrada, la Quinta Avenida, con sus miles de autos y su animación febril, parece retroceder, y quedar a centenares de kilómetros de distancia. Desaparece Nueva York, con sus ansias del dollar, con su vida gigantesca y anónima, con su faz cosmopolita, y se está en presencia del arte, de lo sagrado, de lo que representa la vida de los pueblos, en infinita sucesión a través de las edades, de lo que forma la personalidad con que las naciones dejan, por toda señal de su poderío y de su grandeza: un nombre, que tiene de glorioso lo que fué consagrado a la belleza, a la personificación de ese anhelo vago y sublime que siente la humanidad dentro de sí desde la más remota época, de liberrar su espíritu, en cristalizaciones que fueron mármol y verso en la Grecia divina, pirámides y templos en el Egipto misterioso, águilas vencedoras en la Roma imperial.

Aquí, ante los despojos de cada una de las civilizaciones pasadas, reviven ante la imaginación las edades preteritas, en que cada nación llenó con su nombre el universo un día, sin saber que su fuerza portentosa habría de caer bajo el peso del tiempo, eterno nivelador; sin conocer que sólo quedarían de su esplendor fastuoso los recuerdos, guardados como esencias en las ánforas grá-